

ETZ viajes





Casa donde murió el gran poeta don Eusebio Lillo, autor de la letra de la Canción Nacional. Calle Santo Domingo esquina de Chacabuco

El Llanito de Portales aparece diseñado en un plano de los jesuitas el año 1780. Sólo viene a denominarse Campo de Yungay en 1839 por un decreto del Presidente Prieto, de 5 de abril, que creaba un paseo público y disponía erigir un arco de triunfo a las huertas chilenas restauradoras del Perú. La

to al Roto Chileno. Al inaugurarse cincuenta años después la obra escultórica de Virginio Arias, el 7 de octubre de 1888, el Intendente de Santiago don Prudencio Lazcano decía: "Santiago agradecido dio el nombre de Yungay a uno de sus mejores barrios. Es fama que en esta parte de la ciudad vienen los poetas a recibir

BARRIO DE YUNGAY

Por SADY ZANARTU

entrada de la división del general Bulnes el 17 de diciembre de ese año tomó el camino de San Pablo, que deslindaba con el Llanito, para seguir por las dereceras de la ermita de San Miguel y acampar en los alrededores a esperar el día siguiente que haría su marcha triunfal por la Cañada o Alameda hasta la calle de Ahumada.

El alegre Llanito de Portales parecía entoldado por las luces del atardecer entre banderolas y gallardetes, en aquella hora agreste del verano, con sus arboledas esparcidas por entre tapias y senderillos que perfumaban la ciudad de azahares por la abundancia de naranjos que formaban huertos y recodos de cultivos.

Todo este enorme barrio actual se extendía desde la Acequia de Negrete (Avenida Brasil), hasta la Avenida Matucana, el camino a Valparaíso por San Pablo y la Alameda. La parte central fue la que tomó el nombre por la plaza comprendida entre las calles de las Rosas, Santo Domingo, Sotomayor y Libertad, que vino a reemplazar el proyecto de un arco de triunfo por el monumen-

su inspiración y que en sus bosques de naranjos tejen nuestras virgenes sus coronas de azahares".

El ejército de Bulnes no se apostó en actitud de vencedor. El pueblo lo coronó de gloria por sus virtudes cívicas y guerreras. A las noticias de esta entrada triunfal, el 18 de diciembre la apoteosis era nacional, desde que nadie creyó en el país la victoria del 20 de enero contra las fuerzas confederadas de Santa Cruz en la batalla de Yungay. Nuestro ejército enardecido por las figuras de sus generales Bulnes, Baquedano y Cruz debió sostenerse siempre en holocausto de esta tarea legítima a favor de la liberación de los pueblos de América. La apostura fue de grandes emociones, sin otros sueños que aquellos del Himno de Yungay, cantados y coreados para celebrar el paso de la huerte "por el rápido Santa... ¡Oh, patria querida"! Todos son versos de la emoción de esos insignes varones, el poeta Ramón Rengifo y el

músico José Zapiola, una historia universal, que trae al barrio un encanto de villa histórica, apacible con sus casonas de naranjos y limoneros, sus huertos perfumados, sus colmenares, el barrio típicos de Santiago, que creció a hurtadilla de muchas miradas palaciegas, los confines se agrandaron hasta la Quinta Normal de Agricultura y por allí torcieron calles extrañas con nombres curiosos y otros que fueron de la primera era de Chile independiente.

Había un templo viejo en el curato, San Saturnino, que otrora fuera el santo bendecido de la Colonia, el bienaventurado, hasta hoy olvidado, abogado de la ciudad elegido a la suerte, mandando se guardase su día como los domingos "para que diese buenos temporales en esta ciudad, sus términos y obispado y guarde de temblores, terremotos y peligros y asimismo para que guarde las sementeras y ganados de todos los daños, langostas, animales y otras cosas y sabandijas".

Se le prometió una casa en los extramuros y posiblemente se cumplió su sueño, pero su divina gracia se ha perdido en la leyenda, que llevaría en cánticos al cura párroco Araneda Bravo a examinar el tiempo, a confrontar fechas y dar la esperanza militante.

Los años se sacuden por temblores y demoliciones, algunas casas quedan y otras vuelven a tener su tiempo por el ajardinado andaluz del pasado y si el barrio dejó patios y jardines con huertas y caballerizas, había algo simbólico del alma, la hora nocturna, apacible de las calles donde tartamudeaba el foco, un relámpago de luz amarillenta que traía la evocación de los abejorros como si aún visitaran confines de arboledas.

El vecindario salía a pasear a la vereda y a ver el tránsito desde los balcones. Se sentía el run-run de la mujer habladora, las voces pasaban pero no se oía la música de los confines, el rezo de la estación o el timpano de algún cohete forastero. Así era el barrio de Yungay, un barrio donde vivimos como niños mirando patios con sombras de aleros, el paso del carrito urbano por Catedral, algunas rinconadas pueblerinas y la algarabía marcial de los días patrios.

Mucho se ve de un barrio y poco se conoce de su historia porque el tiempo desaparece con un recuerdo antes muy querido y después desovillado de asuntos pueriles. Llegan los años y uno se afana de un portento, de algo

que existió y no es posible confrontar hasta que se va la penumbra en el sueño del pasado, allí donde no hay datos de un lugar cotidiano de un gran hombre asimilado al barrio.

No sé si esto fuese el cambio de acción a otro lugar, pero siempre queda una esperanza de hallar la casa donde viviera don Domingo Faustino Sarmiento, aquella quinta de Yungay, tantas veces mencionada en sus escritos y que nos mira el barrio a hurtadilla desde que escapaba a buen galope por Santo Domingo arriba a dejar unas pruebas a la imprenta de Belín o a ver a Palacio a don Manuel Montt. Parece así el barrio un recado sin escribirse de no tener la paciencia de hurguetear papeles y escurrir el callejón por donde caminaba su hijo adoptivo Dominiguito, las gracias de su mampato, aquellas confidencias de su mujer doña Benita y la portada por donde salía que, a decir de uno, era la esquina encontrada donde San Saturnino cobijaba su buenaventura.

Andar por Santo Domingo era lo natural, que esta calle fue la que se prolongó en mejores condiciones, que las otras vecinas, por el caserío circundante puesto que en la redonda hacia la Cañada siempre estaba en el confín la ermita de San Miguel (Gratitud Nacional), el matadero cercano de la calle del Nogal (actual García Reyes), y las huertas enfosquecidas del Galán de la Burra (Erasmus Escala). A la redonda no era más que mirar el Llanito Portales, desaparecido por las numerosas casonas perdidas en extramuros colindantes, acequias y paredones largos que fueron al fin tomando asignaturas de hombres importantes.

En el plano que levantara el británico Miers el año 1825, dibujó en doce manzanas tiradas a cordel el sector colindante a la Alameda hasta la actual Estación Central, dejando a San Miguel en la cabecera. El barrio de Yungay se alargó así hasta Chuchunco, que en realidad sólo vino a existir cuarenta años más tarde, pero en cambio quedaba un gran trecho que se convirtió en la cancha de carreras de Yungay, hoy Avenida Portales, que se extendía de la calle Cueto hasta Matucana y que fue el lugar predilecto de carreras de caballo a la chilena, dividido el centro por un toril del alto de un hombre para evitar que los pingos se juntaran y entre los apostadores se originasen riñas.

Ya podían verse los nombres de Cueto, donde tuvo su casa el cabildante Jacinto Cueto, famoso matemático y fundador del ba-



Lateral poniente de la plaza Yungay

rrio, en la calle que se estableciera después el célebre sabio polaco Ignacio Domeyko.

Así el barrio se estructuraba sin capricho un pequeño teatro, edificó el presbítero don Raimundo Cisternas, dueño de una manzana entre la cancha de carreras y la calle de Moneda, el teatro Erasmo Escala, en la acera poniente de Libertad, que el vecindario con picardía abreviaba el nombre por *Teatro Escala* para compararlo con el de Milán.

El barrio pasaba así por muchas inquietudes políticas y militares, pero los hombres ponían alma en su vida, un poco de doctoría alejándose del centro capitalino, aunque venían a solazarse a la Quinta Normal y otros a los recodos de amigos fastuosos, olímpicos o serenos, no por la ancianidad, sino por la belleza del tiempo, donde la ciudad traía un descanso de los lejanos bastiones andinos para bajar algunos metros de altitud desde la Plaza de Armas.

El poeta amaba el barrio, circulaba con su capa española, andaba en sombras de la mujer enbalconada, salía el rey de la gallardía al Internado Nacional (hoy Barros Arana), una oda olímpica del vate eglógico, un

habitante escondido, el paso lento y el baturrillo aldeano del célebre y olvidado poeta Antonio Bórquez, que vivía en la calle Herrera, y paseaba su perilla de mosquetero por los emblemas líricos. Se vivía para la poesía ante el romántico escrupuloso que perdió el año soñando otro tanto de sinceridad officiosa pero bienhechora cuando se oía el grito de rebelión social.

Al final de la esquina de la calle Herrera con la de Santo Domingo vivía el autor de la Canción Nacional, don Eusebio Lillo, pero su residencia habitual era la quinta de la calle de Chacabuco, esquina de la segunda de las calles mencionadas. No se puede cantar ni oír la endecha del poeta misterioso de las flores porque algo hay del corazón que ha permanecido allí durante horas de meditación, un sueño del barrio de Yungay, un canto estelar a las glorias patrias.

Hacia todos los encuentros pasaba el viento como brisa de la sombra a dar un poco de voces a la atmósfera del barrio, que se fue siempre a oír el pitazo de la hora, el silente corrido de ruedas, un tren nocturno a la deriva del suceso.

S. Z.

Casa donde vivió don Ignacio Domeyko, en calle Cueto 572

